

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II  
NUM 95

40 Cents.

12 DICIEMBRE  
1926



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



¿A QUE NO SABES CUAL  
ES EL COLMO DE UN  
CAMISERO?

....NO CAIGO

DEJARSE PEGAR POR  
FALTA DE PUÑOS





# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



## El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton





**PROGRAMA  
PARA HOY**  
**LA ISLA  
DEL  
MISTERIO**  
*Sensacional*

# GRAN CINE



## Una aparición entre llamas.

—Muy oscura está la noche, como si fuésemos a tener temporal—. Colin Wood, comandante del destróyer o cañonero *Huracán*, hizo esta observación a su oficial ayudante, Mac Todd, estando ambos sobre el acicalado puente del diminuto barco de guerra.

—En efecto, mi comandante; anda el tiempo muy revuelto y bastante impropio de la estación—exclamó Mac Todd—. Pero ya hacía falta algo bastante peor que el mal tiempo para alterar el rumbo de nuestro *Huracán*.

No había concluido de decirlo, cuando oyeron un aviso del vigía de proa, el cual les comunicó que una pequeña lancha cruzaba junto al *Huracán*.

Colin Wood dió la señal para que parasen las máquinas, y al mismo tiempo ordenó que funcionase el foco de luz de un reflector. Y según el *Huracán* avanzaba por su propio impulso, el timonel le hizo virar por completo a babor. Lució el foco del reflector, y su poderosa luz hizo descubrir una gran canoa, muy valiente para el mar, impulsada por una docena de atléticos negros. Como aquella lancha estaba a más de diez millas de la costa, Colin Wood se creyó obligado a averiguar si los indígenas que la tripulaban necesitaban algún auxilio.

—¡Eh! —gritó asomándose a la borda de su barco para mirar la canoa—. ¿Vais muy lejos de la costa? ¿Adónde os dirigís?

—A la isla de Shasi —contestó el indígena que iba sentado en la proa de la lancha—. Somos de allí, señor, y necesitamos llegar cuanto antes.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó el marino.

—Salimos hace dos días para la isla de Wiliba, porque necesitamos comerciar con los naturales de ese país —contestó el indígena.

—Me alegraré de que hayáis hecho un viaje afortunado —dijo Colin sonriendo—; pero me parece que lleváis todavía a bordo un buen lote de bultos sobrantes.

—Señor, es que no llegamos, por fin, a la isla, y nos volvemos con todos nuestros géneros. No se puede comerciar con Wiliba; está de malas el fantasma de la isla.

—¿Qué fantasma es ese? —comentó Colin—. Eso me interesa, jefe. ¿Qué habéis visto para asustaros tanto?

—Llegamos anoche a Wiliba como a esta hora, y vimos una figura blanca, de fantasma, plantada en pie sobre un arrecife rocoso de la isla —explicó el jefe—. Como no comerciamos con fantasmas, nos volvemos a nuestra tierra, y bien de prisa.

—Me parece que os habéis apresurado demasiado —dijo el Sr. Colin riéndose—. Si hubieseis desembarcado y explorado aquello, probablemente hubieseis podido desechar vuestros temores.

—No lo creo, señor, pero muchas gracias —repuso el jefe—. Ustedes van a Wiliba, y encontrarán al fantasma; nosotros nos volvemos a Shari. Buenas noches, señor y sus compañeros, y muchas gracias por todo.

Con lo cual el jefe, que se sentía muy orgulloso por su conocimiento del idioma de los extranjeros, saludó ceremoniosamente y dió orden a sus hombres de remar de nuevo en la ruta que llevaban. El *Huracán*, que marchaba entonces hacia el Sur para reunirse a la flota, partió inmediatamente en su dirección, y dos horas más tarde, marchando a toda velocidad, orillaba la rocosa isla llamada Wiliba. Cuando su sombrío perfil se reveló al vigía del *Huracán*, estaba la isla casi perdida en las tinieblas; pero cuando el destróyer cruzaba como a un cuarto de milla de la costa, se elevó una gran llama de una

fogarata sobre un rocoso cantil a corta distancia del mar. Y en el resplandor de aquella creciente llamarada se alzaba una forma blanca y fantástica. Una figura que elevaba sus brazos como un fantasma, pero pidiendo socorro.

Durante unos minutos destacóse aquella figura al resplandor del fuego, y luego se desvaneció.

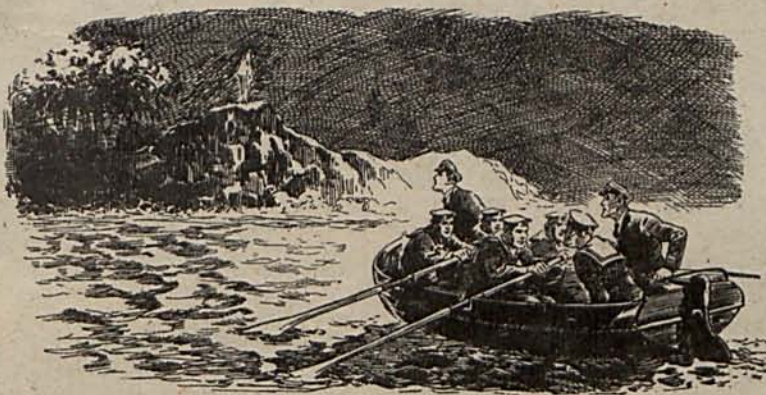
Apartó Colin Wood de sus ojos los gemelos con que había estado observando la fantástica aparición y murmuró:

—¡Demontres! Me gustaría detenerme aquí para desembrollar el asunto este. La cacería de un fantasma es cosa siempre excitante. Lástima que no tenga tiempo para emplear una hora esta noche en Wiliba; pero como tengo órdenes que llevar sin falta al navio almirante, no hay más remedio que cumplir con la obligación.

Así, pues, no sin disgusto apresuró su barco entre las sombras de la noche, dejando a popa la isla. Al amanecer se unió con la flota, dirigiéndose seguidamente al navio del almirante. Permaneció durante algún tiempo a bordo de aquel gran barco de combate para recibir instrucciones sobre la región en que vigilaba con su destróyer. Después de recibidas dichas instrucciones encontró oportunidad de mencionar el incidente ocurrido en Wiliba.

—Deploro no poderle dar instrucciones sobre el particular, señor Wood —dijo el almirante de la escuadra, cuya mirada mostró animado resplandor al contarle Colin la aparición de la misteriosa figura en la isla—. Pero cuando parta usted de aquí tiene que pasar por la proximidad de Wiliba; así es que le autorizo para abordar allí durante una hora o cosa así.

—Naturalmente —agregó—, si encontrase algún desorden en la isla, compatriotas nuestros en peligro, o algo que incum-  
ba a sus deberes de usted, ha de intervenir para arreglarlo.



## El cautivo del blanco ropaje.

Una hora después destacóse de la escuadra el *Huracán*, marchando directamente hacia la isla. Aproximóse el cañonero a Wiliba al oscurecer, y con sus luces apagadas detúvose el barco para permitir a Colin Wood, con un grupo de diez hombres escogidos, dirigirse a tierra en un bote grande.

Aquella noche no había figura alguna de fantasma en las rocas de los arrecifes; pero cuando los hombres del *Huracán* se acercaban a la costa oyeron el batir de unos tambores y el murmullo de voces que cantaban. Arribó el bote al pedregal de una playa y saltaron los marinos para gatear por la pendiente orilla, hasta que encontraron su camino cortado por un elevado arrecife de roca que formaba un muro vertical. Le exploraron cuidadosamente, hasta que dieron con lo que, evidentemente, era un túnel de no muy alto hueco, que perforaba el murallón roqueño. Caminaron por el túnel hasta una distancia de trescientos metros, saliendo, al fin, sobre la ladera de un ancho valle cubierto con espesuras de arbustos tropicales y palmeras. Del centro de aquel valle era de donde procedían los redobles de tambor y el canturreo que habían oído, y desde las espesuras de los matorrales multitud de luces que saltaban. La escena resultaba bastante extraña. Más de trescientos indígenas aparecían agrupados en un amplio círculo, mientras que los que estaban dentro del corro sostenían flamantes antorchas. Unos cuantos metros dentro del círculo alzabase un sitial, a modo de trono, cobijado por un dosel de hojas de palmera. Sobre aquel trono sentábase un joven negro.





En el centro del círculo justamente se alzaba una figura vestida de blanco, cuyo rostro se ocultaba por completo y cuyo cuerpo aparecía aprisionado por cuerdas que le sujetaban sus brazos a los costados.

El hombre revestido de blanco tenía su vida en peligro, indudablemente; por lo cual, fuese quien fuese, decidió Colin salvarle de aquella horda enfurecida, que voceaba y danzaba en torno suyo. Retrocediendo en los matorrales, cuchicheó con el genial Bob Luck, marinero que formaba parte del grupo.

—¿Traerás una o dos bombas? —preguntó.

—Sí, señor —respondió el muchacho.

—Necesito, entonces, que des la vuelta al otro lado de ese círculo y que tires un par de bombas donde no hieran a nadie. En cuanto despaches el encarguito, vuelve aquí en seguida.

—Bien, bien, señor —contestó Bob Luck—. Y sin perder un momento salió para cumplir su encargo.

En el fondo del valle se apresuraban las cosas, porque el rey había hecho acudir a seis mocetones armados de lanzas y les hablaba señalando al mismo tiempo a la figura blanca que se alzaba en el centro del círculo, aprisionada por los cordajes.

Avanzaron los lanceros; pero apenas habían dado unos cuantos pasos, cuando al otro lado del corro estalló una deslumbradora llamarada con una ensordecedora explosión. Casi inmediatamente sonó la explosión de otra bomba.

Cesaron los cánticos y trescientos pares de ojos volvieron hacia el sitio en donde habían surgido las llamaradas.

Ordenó el rey a sus hombres que buscasen la causa de aquel disturbio, y lanzáronse los negros hacia el sitio de las explosiones, formando una apretada columna.

Eso era precisamente lo que Colin Wood estaba esperando, y aprovechándose de aquella confusión, el intrépido y joven marino corrió hacia el valle, cogió en sus brazos al atado cautivo vestido de blanco y retrocedió en seguida. A pesar del gran peso de su carga, corrió Colin bastante de prisa, mientras que el rey negro, reponiéndose de su sorpresa, clamaba ruidosamente para que la gente de su tribu saliese en su persecución. Retrocedieron a grandes saltos los indígenas, justamente cuando Colin se reunía con sus marineros.

—¡Listos, muchachos! —gritó; y deponiendo su carga cortó sus ataduras con unos cuantos tajos de su cuchillo, y exclamó: —También tiene usted que correr con nosotros.

La figura de blanco ropaje se levantó junto al marino, y a la vez que corría iba tirando los ropajes blancos que le cubrían. Cuando se vió libre de ellos, vióse claramente que era un muchacho de raza blanca y de unos diez y ocho años a lo sumo.

—¡Gracias! —exclamó el libertado cautivo—. No me explico cómo habéis llegado hasta aquí. ¡Pero bien a tiempo, caramba!

—¡Corramos hacia el túnel, mi teniente! —dijo Bob Luck a Colin—. Un par de estas bombas cerrarán la entrada y detendrán a los negros mientras atravesamos el túnel.

No adelantaban ni trescientos metros a la horda de los indígenas, cuando los marinos y el hombre rescatado se precipitaron dentro del túnel.

¡Bum! ¡Bum! Sonaron dos explosiones ensordecedoras, que estallaron en la entrada del subterráneo, cuyos muros y techo se derrumbaron, cerrando así el paso por completo.

#### Llamaradas aterradoras.

—¡Magnífico, Bob! —exclamó Colin Wood—. Ahora podemos aprovechar el tiempo.

Volvióse hacia el muchacho a quien acababa de rescatar del poder de los salvajes y le dijo:

—Vuestra historia será, de seguro, interesante. Esa costum-

bre de vagar, con blancas vestiduras por esta isla le han proporcionado fama de estar encantada.

—No fué por culpa mía —replicó el joven—. Más de mes y medio llevo cautivo por aquí. Me llamo Enrique Grey, y hasta no hace mucho era marinero en un ballenero del mar del Sur. Durante una tormenta fui arrebatado por una ola, y de madrugada pude, por fin, salir a tierra. Mi llegada causó a estas gentes un extraño efecto —añadió—, porque la mañana misma en que aparecí murió el rey que tenían. Como había sido un monarca muy cruel y salvaje, los supersticiosos indígenas creyeron que mi aparición les había valido el verse libres de aquel tirano. Así es que me aclamaron como si fuese un dios de raza blanca y manifestaron que les gobernaría para siempre.

—Pues cuando llegamos esta noche no parece que mandaba usted en ellos —advirtió Colin Wood.

—No, por lo que ha sucedido —replicó Grey—. Me miraban más bien como un hechicero que como un monarca. Me obligaron a revestirme de blanco, y temiendo que intentase escaparme de con ellos, un fuerte grupo me custodiaba y seguía a dondequiera que fuese. Por las noches me hacían subir a lo alto de las cumbres, según ellos decían, para que ahuyentase de la isla los malos espíritus y enemigos.

—Parece ser —explicó Enrique Grey— que el hijo del difunto rey, queriendo tener pleno ascendiente sobre la tribu, ha logrado convencer a sus gentes de que no soy un espíritu bueno, sino uno muy malo, y de este modo ha triunfado en la tarea de volver a los indígenas contra mí, convenciéndoles de que únicamente sacrificándome podrían destruir los malignos influjos que me atribuye.

Mientras hablaba así Enrique Grey, caminaba el grupo por el túnel, y estaban ya a pocos metros de la salida, cuando en-

contraron un obstáculo. La explosión provocada en el otro extremo había afectado a un trozo no muy fuerte del lado de la salida, y su boca aparecía cerrada por un montón de las tierras derrumbadas.

—Me parece que nos ha fastidiado nuestro propio petardo —dijo Colin—; pero no creo que nos detendrá

esto mucho tiempo. ¡A ello, muchachos!

Todos los del grupo se pusieron a trabajar; pero aunque emprendieron la tarea animosamente, tardaron más de veinte minutos en abrirse camino. Dicha detención resultó peligrosa, porque cuando salieron al otro lado del cerro, mirando al mar, vieron una masa de más de doscientos indígenas lanzándose hacia el pie de las pendientes laterales. Los isleños habían escalado el cerro y en gran número se precipitaban sobre aquel puñado de hombres blancos.

Colin, que salió el último del túnel, fué súbitamente arrojado al suelo por un negrazo que se había lanzado sobre él desde arriba. Otro indígena atacó también a Colin, por lo cual el joven oficial luchó como una fiera para rechazar a sus contrincantes. En este momento fué cuando el reflector del Huracán refulgió sobre la costa y reveló la escena que se estaba desarrollando.

Todos los blancos estaban ya entregados a luchar cuerpo a cuerpo, y aunque se estaban sosteniendo valerosamente, no cabe duda que acabarían por ser dominados.

—¡Zis-zas! Algo que surgió del Huracán atravesó el aire como un refulgente dardo de fuego que estallo en una masa de coloreadas luces exactamente sobre el cerro. Seis de aquellos flamígeros proyectiles se sucedieron con gran rapidez; por lo cual los indígenas detuvieron, retrocedieron y echaron a correr para salvar sus vidas.

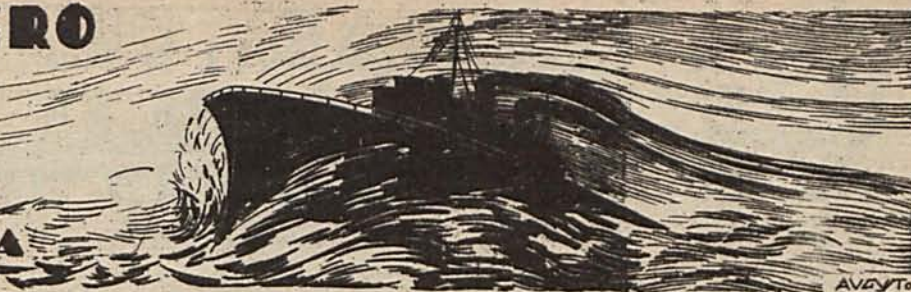
—Volvamos al Huracán y dejemos a estos negros que arreglen sus líos como puedan —dijo Colin Wood—. Me alegro que Mad Todd no haya malgastado las granadas del Huracán en estas costas —añadió sonriéndose—. Los seis cohetes que ha lanzado han hecho su efecto sin causar en nadie daño alguno.

¡¡HA TERMINADO!!



# EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. CIANELLA



(Continuación.)

1.º Iréis a Buenos Aires y os pondréis en relación con todos los irlandeses de la América del Sur.

2.º Adquiriréis un *steamer* y formaréis un equipo de fenianos, compuesto, no sólo de los mejores marineros, sino también de verdaderos piratas.

3.º Esperad órdenes para la ejecución de un plan que tendrá por resultado la liberación de Irlanda del yugo inglés.

Dicha ejecución se efectuará en dos períodos de tres a cinco años y en dos lugares distintos, en el Océano Atlántico y en el Océano Pacífico.

De todos modos, el éxito depende, salvo circunstancias imprevistas, completamente de vos.

Acompañamos un cheque por valor de cien mil libras esterlinas, del cual haréis buen uso.

## El Comité Secreto de la Liga de los Fenianos.

A la lectura de tal escrito, un tanto sibilino, Alberto Wendover experimentó como un golpe de maza en la cabeza. Se dejó caer en el asiento y así permaneció inmóvil ensimismado, mirando al vacío abandonadamente.

Cuando se recobró, un fuerte suspiro le alivió el oprimido pecho.

—¡Un pirata...! ¡Yo un pirata! —balbuceó extraviado—. ¡Ellos lo quieren...! ¡Dios mío, Dios mío!

Una oscura sombra le cubrió la vista repentinamente y una fría ironía le crispó los labios.

—¿Un pirata? rugió apretando los puños—. ¿Por qué; no soy ya un ladrón por la infamia de los hombres y la ciega injusticia de la sociedad? Tranquilízate, corazón; entre el ladrón y el pirata no hay más que un paso... ¡Pues bien, voy a darlo!

## V

### CÓMO SE TOMA UN CRUCERO

Pasaron tres años.

Durante este prolongado lapso de tiempo la existencia de Alberto Wendover permaneció envuelta en el impenetrable velo del misterio.

En Buenos Aires se hablaba de un hombre que vestía siempre de negro y llevaba el pelo largo, al estilo de la época de Buckingham. Se decía que vivía de ordinario en la parte más selvática de la pampa argentina, donde venía a los más hábiles e intrépidos *gauchos* en la carrera, montando a caballo o en la caza, no mezclándose, sin embargo, con ellos en ningún otro asunto.

Se aseguraba que nadie le aventajaba tirando con escopeta o con pistola, ni en domar potros de los más vigorosos y rebeldes.

No hablaba apenas; daba sus órdenes por medio de gestos y era dueño de un *steamer* provisto de un equipo triple, del que realmente necesitaba.

Quien lo había visto de cerca afirmaba que era de una belleza fatal y romántica.

Nadie, sin embargo, podía decir quién era. Se le suponía un millonario extravagante, uno de esos excéntricos que detestan la ciudad con todas sus comodidades y etiquetas, prefiriendo la vida libre y emocionante del desierto o de la selva.

Poco faltó una noche para que el enigma en que aparecía envuelto no fuese deshecho y revelado al público.

Llovía y la oscuridad era absoluta. Por la calle de la Esmeralda, una de las vías secundarias de Buenos Aires, un trasnochador se apresuraba a volver a su casa, maldiciendo tan insistente lluvia, que daba la idea de innumerables hilos tendidos entre cielo y tierra.

La calle quedó desierta y el silencio fué cada vez más completo, tanto, que se oía con perfecta claridad el ruido que las gotas de agua producían al chocar contra el suelo.

Poco después, marchando pegada a las paredes y sin producir el más leve ruido, apareció una figura humana.

Era un joven de veintisiete a veintiocho años, flaco, bajo, descalzo y de mísero aspecto, con la cara medio oculta por una gorra completamente empapada.

A pesar de la involuntaria ducha a que le sometía la inclemencia del tiempo, el incógnito personaje caminaba con

paso seguro, la cabeza alta, con aire de despreocupada indiferencia.

Daba entonces la hora y él se paró para contar las campanadas una a una.

—¡Docel —murmuró—. ¡Es la media noche! Luego hace veinticuatro horas que no comes. Pobre Mop, ¿quién te habrá metido a ti a hacer profesión de hombre honrado?... Ves; vamos de capa caída, de mal en peor. ¡Ay mundo malvado!

Emprendió de nuevo su camino, tambaleándose y bostezando; pero apenas hubo avanzado diez metros, se detuvo de nuevo en actitud de escuchar.

Había oído, o le parecía oír, en la misma calle ruido como de lucha, unos cien metros más allá de donde él se encontraba. Luego oyó con toda claridad una voz sofocada que gritaba:

—¡Canallas, asesinos..., a mí!

El joven se sobresaltó, sintiendo enardecerse la sangre y afuirle a la cabeza. Sacó del bolsillo, presto como el rayo, un cuchillo de marinero, lo abrió, lo apretó bien en la mano y echó a correr, veloz como el viento, gritando:

—¡Resistid!... Allá voy yo, buen amigo... ¡No habéis contado conmigo, granujas! ¡Duro con ellos!

Su voz endemoniada, que nadie podría sospechar procediese de un cuerpo tan ruin, resonó en la noche de modo tal, que era capaz de despertar aun al más dormilón.

Algunas ventanas se entreabrieron, brillaron luces en ellas y algunas personas se asomaron para ver qué sucedía.

Al llegar el joven al lugar de donde habían partido las voces, se encontró frente a un hombre vestido de negro, cubierto por un capote y la cara oculta por un sombrero de alas anchas.

Miró al desconocido durante algunos instantes y luego preguntó:

—Señor, ¿erais vos quien pedía auxilio?

—Sí; yo he sido.

—¿Os habían asaltado?

—Sí; tres hombres.

—¿Dónde están?

—¡Diablo, han huido!

—¡Oh, oh!

—Sí; ha bastado vuestra intervención para verme libre de ellos. Los tres bribones me agredieron por sorpresa, intentando amordazarme y desvalijarme. Gracias, señor; tenéis una voz tremenda.

—Sí, sí; pero...

—¿Qué?

—Que vos también tenéis una voz, mejor aún, un acento... Decid, caballero, ¿habéis oído hablar alguna vez de un tal Mop antiguo huésped de la prisión de Liverpool?

El hombre del capote reprimió una exclamación y se acercó apresuradamente al joven descalzo.

—¿Sois vos Mop, el ladrón?

—Perdonad; me gusta la precisión en los términos. Decid el ex ladrón.

—Como gustéis. ¿Sois Mop?

—Ya lo creo. Tan seguro como que vos sois Alberto Wendover...

—Silencio. Seguidme. Me alegro de haberos encontrado, tanto más cuanto que os debo la vida, más que la vida...

Y Alberto Wendover, pues él era el hombre vestido de negro, la pesadilla de los *pamperos*, añadió mentalmente:

—¡Desdichado de mí, desdichados de todos nosotros... si vieran esta carta!

Los dos hombres pusieron en marcha sin hablar, caminando bajo la lluvia como dos sombras.

Llegaron a un ángulo del puerto y se acercaron a una embarcación amarrada en un lugar próximo.

Alberto silbó dos veces. Un tercer silbido respondió desde la barca.

—¿Quiénes sois? preguntó desde ella una voz.

—El Malo —respondió Wendover—. ¿Vuestra contraseña?

—Bomberos.

—Está biepi; acercaos.

(Continuará en el número próximo.)





# CHAUDAR EL PESCADOR

## CUENTO DE

### LAS MIL Y UNA NOCHES

(Conclusión.)

El Genio trajo otros doscientos en figura de soldados. «Si tuviera miedo de mí no me hubiera dejado descuidado; tal vez me mortifica por causa de lo que hice con sus hermanos.» Al fin Chaudar rompió el silencio diciendo seriamente:

—¡Oh rey del tiempo! No es propio de vuestra jerarquía oprimir a la gente y tomarle sus bienes.

—No me reproches, señor —le contestó con humildad—, pues la ambición me indujo a ello y se cumplió el destino; si no hubiese pecados, no podría existir la virtud de perdonarlos.

Y empezó a darle excusas por lo que había sucedido y a pedirle perdón y clemencia, llegando en sus extremos a recitar estos versos:

¡Oh tú, de noble estirpe y gentil disposición! No me reprendas por lo que he hecho.

Si tú hubieras cometido una injusticia, yo te perdonaría; si yo la cometo, perdóname tú.

Y tanto se humilló, que Chaudar, al fin, hubo de decirle, «Dios te ha perdonado», e invitó a sentarse.

Salió éste de casa de Chaudar tan agradablemente impresionado, que todos los días iba a visitarlo, y ni siquiera el Consejo podía celebrarlo en otra parte. Entre ambos creció la familiaridad y la amistad, y siguieron tratándose durante mucho tiempo. Cierta día el rey dijo en secreto a su visir:

—Temo que Chaudar intente asesinarme para ocupar el trono en mi lugar.

—¡Oh rey del tiempo! —le contestó el visir—. No temas que Chaudar intente apoderarse de tu reino, porque su condición es superior a la de un rey, y el tomar el reino sería rebajarse. Pero si tienes miedo a que él te dé muerte, cásallo con tu hija, y de esta forma llegarás a ser de la misma condición.

—Visir, encárgate de arreglarlo.

—Señor, invítalo a cenar en tu casa, y cuando estemos en el salón principal, manda a tu hija que se vista con sus más espléndidos trajes y que pase ante él por la puerta; seguramente, al verla, se enamorará de ella; yo me inclinaré a su lado, le diré que es hija tuya y no dejaré la conversación hasta lograr que te pida su mano. Cuando se hayan casado, seréis él y tú una misma familia, podrás estar tranquilo respecto de sus intenciones, y si muere heredarás sus riquezas.

—Llevas razón, visir.

Preparó el banquete y lo invitó. Chaudar fué al palacio del rey y sentóse en compañía de varias personas hasta el fin del día. El rey había encargado a su esposa que vistiera a su hija con la mayor elegancia; cumpliendo las órdenes reales, pasó la madre con la hija por delante de la habitación en que Chaudar estaba, quien al ver la hermosura y gentileza sin par de la doncella se enamoró y rogó al visir —que discretamente le había dicho quién era la doncella— que la pidiera para él al rey, prometiendo pagarle la dote que quisiera señalar.

Aceptó el rey complacido, y al día siguiente reunió su Consejo; acudieron los altos dignatarios de la corte y el pueblo, y en presencia del Jeque del Islám (jefe supremo religioso) dió por esposa a Chaudar a su hija Asiya; Chaudar entregó al rey como dote la alforja llena de piedras preciosas que le diera el magrebi. Sonaron los atabales y las chirimías y se organizaron fiestas espléndidas para celebrar las bodas de Chaudar, el pescador, con la princesa Asiya.

\*\*\*

Pasó el tiempo. El rey murió y los soldados fueron a ofrecer a Chaudar el reino; ellos suplicaban, él rehusaba, hasta que por fin aceptó. Hizo construir una mezquita sobre la tumba de Xems Eddaula, a la que dotó convenientemente, que es la que está situada en el distrito de los Albunducanías; el palacio de Chaudar estaba en el distrito de Yemeni, y cuando fué rey construyó a su alrededor casas y una mezquita, y desde entonces se llamó Chaudaria (1).

Una vez que fué rey nombró a su hermano Sálím visir de la mano derecha y a Sólím visir de la mano izquierda. Pasado un año, Sálím dijo a Sólím:

—¡Oh hermano! ¿Hasta cuándo durará este estado? ¿Acaso toda nuestra vida hemos de ser criados de Chaudar y no hemos de disfrutar del mundo ni de la felicidad sino mientras él viva? ¿Cómo nos arreglaremos para matarlo y apoderarnos del anillo y de las alforjas mágicas?

—Tú sabes más que yo —dijo Sólím—; prepara una estratagema para quitarlo de en medio.

—Si yo urdo la treta —preguntó el malvado de Sálím—, ¿tú te conformas en que yo sea siempre el sultán y tú el visir de la derecha, y en que yo me quede con el anillo y tú te lleves las alforjas?

—Me conformo —contestó.

Y se pusieron de acuerdo para matar a Chaudar, obcecados por la ambición de riquezas y de mando. Y dijeron a Chaudar astutamente:

—¡Oh hermano! Deseamos que pases algún rato con nosotros, que vengas a nuestras habitaciones y te dignes comer en nuestra compañía y confortar nuestro corazón.

Insistieron en sus súplicas, y Chaudar dijo:

—No hay inconveniente. ¿Y en casa de cuál de vosotros será la comida?

—Primero, en mi casa —dijo Sálím—, y luego en casa de nuestro hermano.

—Está bien —contestó Chaudar, y se fué con Sálím a su casa.

Le preparó la comida, puso en ella veneno, y apenas la probó, la muerte penetró en sus entrañas, su carne cayó a pedazos con sus huesos. Sálím trató primeramente de arrancarle el anillo, y, como se resistiera a salir del dedo, con su sable se lo cortó. Así que lo tuvo en su poder, lo frotó y se le presentó el Genio, diciéndole: «¡A tus órdenes! ¿Qué deseas? ¿Qué pides?»

—Apodérate de mi hermano y mátalos; coge los cuerpos de los dos: del envenenado y del otro, y arrójalos delante de los soldados de la guardia.

Mató el Genio a Sólím, cargó con su cadáver y con el de Chaudar y los echó ante los jefes de la tropa, que precisamente estaban comiendo en el centro de la habitación. Al ver los cadáveres dejaron de comer, presos de terror, y preguntaron al Genio:

—¿Quién ha hecho esto con el rey y con su visir?

—Su hermano Sálím —les respondió.

En éstas llegó Sálím, que dijo así:

—¡Soldados! Comed y divertíos; me he hecho dueño del anillo de mi hermano Chaudar, y este Genio que está delante de vosotros es el sirviente del anillo. He mandado dar muerte a mi hermano Sólím para que nadie me dispute la posesión del trono, pues él era un pérfido y temí que me traicionara; Chaudar está ya muerto; por tanto, yo soy vuestro sultán. ¿Aceptaréis? Si no lo hacéis, frotaré el anillo y el Genio os matará a todos, grandes y pequeños.

—Te aceptamos por nuestro sultán —le dijeron, aterrados.

Dispuso el entierro de sus hermanos, celebró un Consejo. La gente se dividió: unos se marcharon al entierro; otros iban delante de Sálím, formando su cortejo. Cuando llegaron al salón se sentó en el trono y el pueblo lo reconoció por su rey. En seguida dijo:

—Deseo que se escriba mi carta matrimonial con la viuda de mi hermano.

—Señor —le contestaron los entendidos en la ley—, es preciso que pase el plazo legal.

—Yo no sé de plazos ni de nada —exclamó enfurecido—; por vida de mi cabeza, que hoy mismo me casaré con ella.

Ante esta actitud escribieron la carta de dote y mandaron emisarios que informaran a Asiya, la cual contestó con astucia:

—Rogadle que venga.

Recibiólo con semblante alegre y con las mayores expresiones de satisfacción; pero puso veneno en su bebida y lo mató.

Hizo pedazos el anillo mágico para que nadie más lo poseyera, y cortó en trozos las alforjas. Luego mandó venir al Jeque del Islam y a los grandes dignatarios de la corte y les dijo:

—Elegid un rey que os gobierne.

Esto es lo que ha llegado hasta nosotros de la historia de Chaudar entera y completa.

FIN DE CHAUDAR, EL PESCADOR

(1) Todos estos nombres se refieren a barrios de El Cairo.



# EL PAIS DE LOS HOMBRES NECIOS

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

(Conclusión.)

Jack oyó con claridad cómo Juanón colocaba el acordeón sobre la mesa y avanzaba hacia el lecho. Luego oyó el ruido de los zapatos al caer sobre el pavimento y después el crujir de la cama al recibir aquel cuerpo, que debía de estar bien robusto y sano, a juzgar por los estremecimientos del colchón. Y a poco Jack volvió a escuchar la voz de la mujer, que decía de este modo a su marido:

—La enfermedad te vino tan repentinamente y ha sido tan fuerte y maligna, que ya estás muerto.

—¡Muerto! —dijo el hombre dando un grito.

—Sí; muerto y bien muerto. A ver esas manos... ¡A cruzarlas!... ¡A juntar los pies! ¡Esa cabeza!... ¡Que esté bien puesta en el almohadón! Y ahora, ¡a callar, que los muertos no hablan!

Jack, en el colmo del asombro, escuchó después de esto un gran silencio, que se prolongó hasta que la mujer apareció en la puerta.

Iba el mozo a manifestar con palabras su sorpresa, cuando la mujer, poniéndose un dedo en los labios para indicar que el silencio debía continuar aún, le hizo señas de que la siguiese.

Cruzaron los dos el patio, y pronto estuvieron en la calle, donde las otras dos mujeres esperaban en la puerta.

—Todo ha salido a pedir de boca —les dijo su amiga—. He hecho creer a Juanón que está muerto, y este señor es testigo. Cuando se asomen por la ventana podrán verle con las manos cruzadas y los pies bien juntos. ¿Queréis más?

—Sí que quiero —dijo Jack—, porque esto no me basta. Es preciso que ese hombre esté verdaderamente enfermo del cerebro para que haga lo que he visto.

—Pues bien —dijo la segunda mujer—, no hay sino seguirme.

—En el acto —repuso Jack, caminando ya tras ella.

—No voy yo también con vosotros —dijo la primera mujer— porque me quedo preparando el entierro de mi marido.

Las otras dos amigas lanzaron una alegre carcajada y los tres siguieron a lo largo de la calle. Cruzaron aún varias plazas y callejuelas, hasta que llegaron a un sitio donde había muchos árboles y una gran fuente en el centro. Algunos niños jugaban entre el césped, y en los bancos la gente tomaba el fresco.

—Allí está mi marido —dijo la segunda mujer señalando hacia un grupo de hombres que conversaban sentados sobre el zócalo de una gran estatua de piedra—. Retrasaos un poco y escuchad.

Jack y su compañera quedaron bajo una encina, y la mujer avanzó. Pero llegada al grupo, en vez de detenerse para hablar a su marido, siguió de largo.

—¿Adónde vas, Catalina? —le dijo su esposo con gran afabilidad—. Espérame, que aquí te traigo unos arenques para que los cenemos hoy.

—¿Con qué derecho me tutea un desconocido? —dijo la mujer volviéndose hacia el hombre que le hablaba—. Ni me llamo Catalina ni es usted mi marido, ni yo soy casada ni tengo el menor deseo de comer arenques. De manera que déjeme en paz y no me dirija la palabra.

—¡Vive Dios! —exclamó el marido—. Pero ¿qué es lo que estás diciendo? ¿Qué es lo que estás afirmando?

—Lo que oye usted: que no soy casada y que me marchó. Adiós.

—¿Pero oís? —dijo el marido volviéndose a sus amigos—. ¿Tendrá razón esta mujer?

—Pues si no la tuviera, no hablaría así —repuso uno de los circunstantes.

—¿Habrás que creerla entonces?

—De seguro —dijo un tercero—. El que habla con firmeza, siempre sabe lo que dice. ¡Y hay que oír hablar a esa mujer!

—Eso es una gran desgracia para mí —exclamó el marido con acento de congoja—, porque yo hubiera jurado que esta misma moza era mi mujer.

—Pues ya ves que no es así —añadió prontamente otro de los hombres del grupo.

—¿Será posible? —volvió a decir el marido dirigiendo sus miradas hacia la mujer, que iba ya perdiéndose entre los follajes de la orilla—. Con facilidad hubiese yo apostado que conozco sus andares, su rostro y hasta su vestido, que no costó poca cosa... ¡Y he aquí que me engañaba yo! Sólo porque lo veo lo creo... ¡Qué cosas pasan en este mundo!

—Y no son cosas nuevas —dijo otro de los del grupo—; a diario presenciamos sucesos extrañísimos que admirarían a cualquiera y que no son sino hechos reales y sencillos, como éste, por ejemplo. Ya ves: tú creyendo ser el marido de esa linda moza, y ella, demostrando que no hay tal. ¿Te convences de que lo que digo yo no es sino la realidad?

—Convencido, convencido —dijo el esposo—. Seguramente yo estaba loco, y esa creencia era una alucinación, de la que salgo en estos momentos. Ya sólo siento haber faltado al respeto a esa señora, pues la he tuteado no siendo nada mío.

—No te apures por tan poca cosa —dijeron al hombre todos sus amigos—. Ella supone ya que se trata de una equivocación. Olvidemos el incidente y sigamos nuestra charla. Conque les iba yo diciendo...

Jack miró a su compañera con ojos de estupefacción. ¿Eran posibles semejantes cosas?

—Sí —dijo en voz baja la mujer—. Aquí no se ve sino eso. Pero le advierto —añadió mirando hacia el lado opuesto al grupo de los hombres— que ya Catalina viene en busca de nosotros.

Efectivamente, la moza se acercaba a su amiga.

—¿Va convenciéndose el señor? —dijo a Jack cuando estuvo cerca de él.

—Aún no —repuso el interpelado—. No puedo menos de creer que se trata de otro enfermo. Este hombre padece una gran perturbación mental...

—Nada de eso —dijo Catalina—. Es un hombre en perfecta salud, que gana muy bien su jornal y que me quiere mucho. Lo cierto es que tiene muy buen genio, por más que a tonto no le gana ninguno.

—¿Pero es posible lo que veo?

—Posibilísimo. Ya es tiempo de convencerse.

—¿Podría yo aún —dijo Jack— presenciar un tercer caso que no difiera de éstos?







—Un tercero y un cuarto y cuantos desee —respondió Catalina.

—Pues bien, a mí me bastará con uno más.

—Arreglado —dijo la tercera mujer, que se llamaba Pinka—. Sólo que como ahora ya es noche cerrada, dejaremos para mañana la entrevista. Y tú —añadió dirigiéndose a Catalina— pasarás la noche conmigo para que acabes de convencer a tu marido de que no eres su mujer.

—Entonces —dijo Jack—, ¿cuál es el sitio donde hemos de vernos mañana?

—El sitio —repuso Pinka— es aquél.

Y señaló una especie de torre que se veía al final de la calle.

—Precisamente junto a esa torre está mi casa. Mañana, por la mañana, a las ocho, por ejemplo, estaré esperando a usted en mi ventana.

Jack se despidió de las dos mujeres y emprendió la marcha hacia un mesón que había descubierto en su camino. Casi no durmió pensando en los acontecimientos que había visto. Muy temprano se levantó, pidió que le fuera servido algún alimento, y se marchó a la calle.

Al sonar las ocho en los relojes, Jack estaba ya junto a la ventana que le había señalado Pinka. Y breves instantes después la moza abrió la puerta de la casa, indicando en silencio a Jack que la siguiese.

Llegados a un pequeño vestíbulo, Pinka dijo en voz muy baja:

—Desde aquí se puede ver y oír cuanto se quiera. La función va a empezar.

Y siempre con un dedo en los labios, abrió la vidriera que comunicaba con una estancia vecina, y dijo entrando en ella:

—Las ocho ya, marido mío. Ahora sí que el día va a estar hermoso. Es necesario que te levantes al punto.

—Eso iba yo a hacer precisamente —respondió una gruesa voz varonil—. Haz el favor de alargarme mi ropa.

—¡Cómo alargarte la ropa...! ¡Pero si la tienes puesta! —dijo Pinka. ¿No recuerdas ya que anoche te acostaste vestido porque llegaste muy cansado del trabajo?

¿Es posible? —exclamó aquel hombre sacando su voluminosa persona de entre las mantas y clavando sus ojos sobre el corto batín de dormir, que apenas le cubría las pantorrillas.

—Así es —le dijo con voz segura su mujer—. Estás vestido y muy bien vestido. No te falta ni la corbata. Tendrás nubes en los ojos, porque eso de no ver lo que está tan claro...

Iba a responder el hombre, cuando llamaron a la ventana que daba hacia la calle.

Pinka se dirigió hacia ella para abrirla, y Jack oyó la voz de un chiquillo que decía desde fuera:

—Aquí viene ya el entierro del señor Juanón. La viuda ruega al marido de usted que salga para juntarse a la comitiva y que acompañe al muerto hasta el camposanto.

—Inmediatamente irá —dijo Pinka cerrando la ventana y volviéndose a su marido—. Ya lo oyes —añadió—. Ahí viene ya la comitiva. Casi no tienes tiempo ni de ponerte el sombrero. ¡Vuela, hijo mío, vuela! Recuerda cómo te quiso Juanón. Sería un pecado que faltases a su entierro. Toma, toma el sombrero... Aquí está.

Y empujando a su marido hacia la calle, Pinka cerró la puerta detrás de él, y Jack, que casi no creía lo que estaba presenciando, corrió también hacia fuera, y pudo ver, en toda su grotesca verdad, a escena de aquel corpulento personaje en camisa corriendo como

un desaforado para alcanzar al cortejo del entierro, que ya llegaba a la esquina de la calle.

Jack, no pudiendo resistir aquella ignominia y echándose a correr detrás del hombre del batín, le asió por los faldones y le gritó, más que le dijo:

—Se necesita verdaderamente ser idiota para salir a la calle en camisa de dormir. ¡Ni un paso más, haragán! ¡Vuélvase a su casa, o lo muelo a palos!

El escándalo que se armó fué grande. El hombre protestaba estar vestido, mientras Jack lo arrastraba por la camisa. Los chiquillos apedreaban el grupo. La comitiva del entierro se había dispersado, y el muerto, abandonado en mitad de la calle, sacaba ya de la caja medio cuerpo para hacerse cargo de lo que acontecía.

Jack, siempre arrastrando por el batín a su víctima, se había llegado hasta donde el muerto estaba.

—¡So burro! —le gritaba con voz de trueno—. ¡Salga de ahí inmediatamente si no quiere que yo lo saque a garrotazos!

Y entre el pánico de las gentes, que presenciaban sin preparación alguna la resurrección de un muerto, el difunto Juanón, estirando sus miembros cual un renacuajo amenazado, saltó de la caja en menos de lo que canta un gallo y tomó el camino de su casa.

—¡Corra en su seguimiento!

—dijo Jack a su víctima dándole una patada en la parte posterior y quedándose con un pedazo del batín en la mano—. ¡Desaparezca de mi vista, tío zopenco! ¡Lárguese al instante!

Ventanas y balcones rebosaban de gente. Los tenderos salían a las puertas; había curiosos hasta en las ramas de los árboles...

Porque, ciertamente, era de verse aquel espectáculo de un difunto que ha salido de su caja y a quien persigue obstinadamente un rubicundo personaje envuelto en un jirón de camisa y con las piernas al aire.

Los gritos de pánico se mezclaban a las más estruendosas carcajadas. Aquella calle estaba convertida en una jaula de locos.

Jack, aprovechando la confusión y el desorden, tomó por la izquierda, cruzó precipitadamente el parque y se encaminó hacia la carretera por donde había llegado a la ciudad. Una vez allí, anduvo sin descanso, y a la luz de la tibia mañana y entre los cantos de los pájaros

que alegraban la campiña, se dirigió nuevamente hacia la aldea de Betracía.

Cuando la distinguió a lo lejos lanzó un suspiro de descanso.

—¡Por fin! —se dijo—. ¡Por fin estoy ya de vuelta y con mi cerebro en su lugar!

Poco después estaba ante la granja de La Alondra, y como hallase en el patio a dos o tres de los jornaleros que le habían visto partir, les dijo de este modo:

—Llamad a mi esposa, que venga en seguida.

Al aparecer Videla, fué corriendo a abrazar a su esposo, contenta de ver que, puesto que volvía, era señal que se le había pasado el enfado.

—¡Videla! —exclamó Jack—. En estos días que he faltado de casa he podido comprobar que no debemos buscar fuera de ella la felicidad. Tu excesiva prudencia la juzgué tontería. De ahora en adelante juzgaremos nuestros actos con más discreción y seremos completamente felices.

FIN







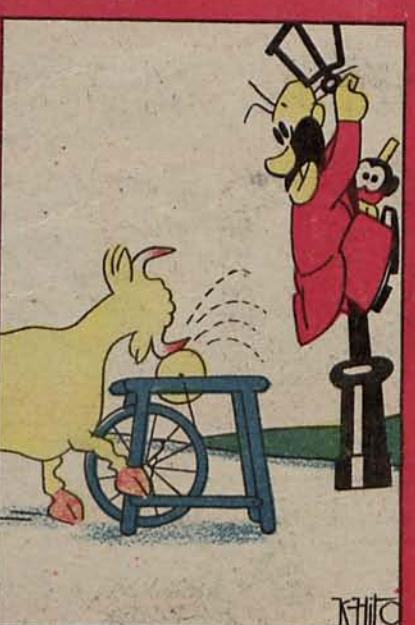
# POTIPÁN Y CAÑAMÓN







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



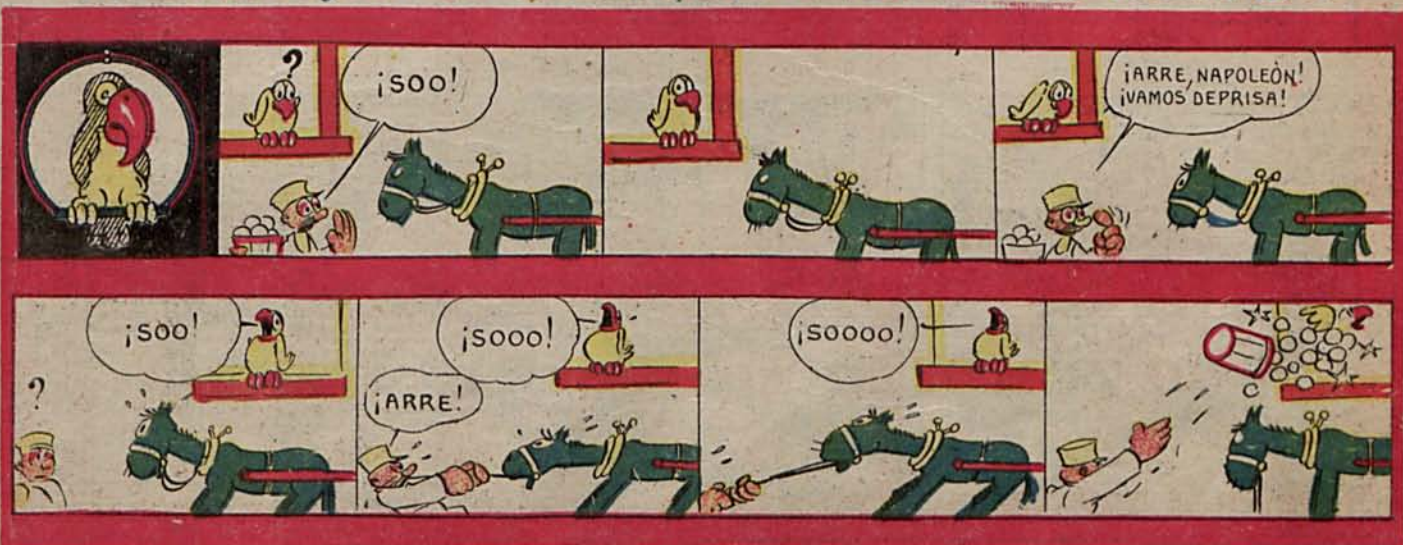




# DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



## LAURA, LA COTORRA INDISCRETA







# COLORÍN Y SU PANDILLA



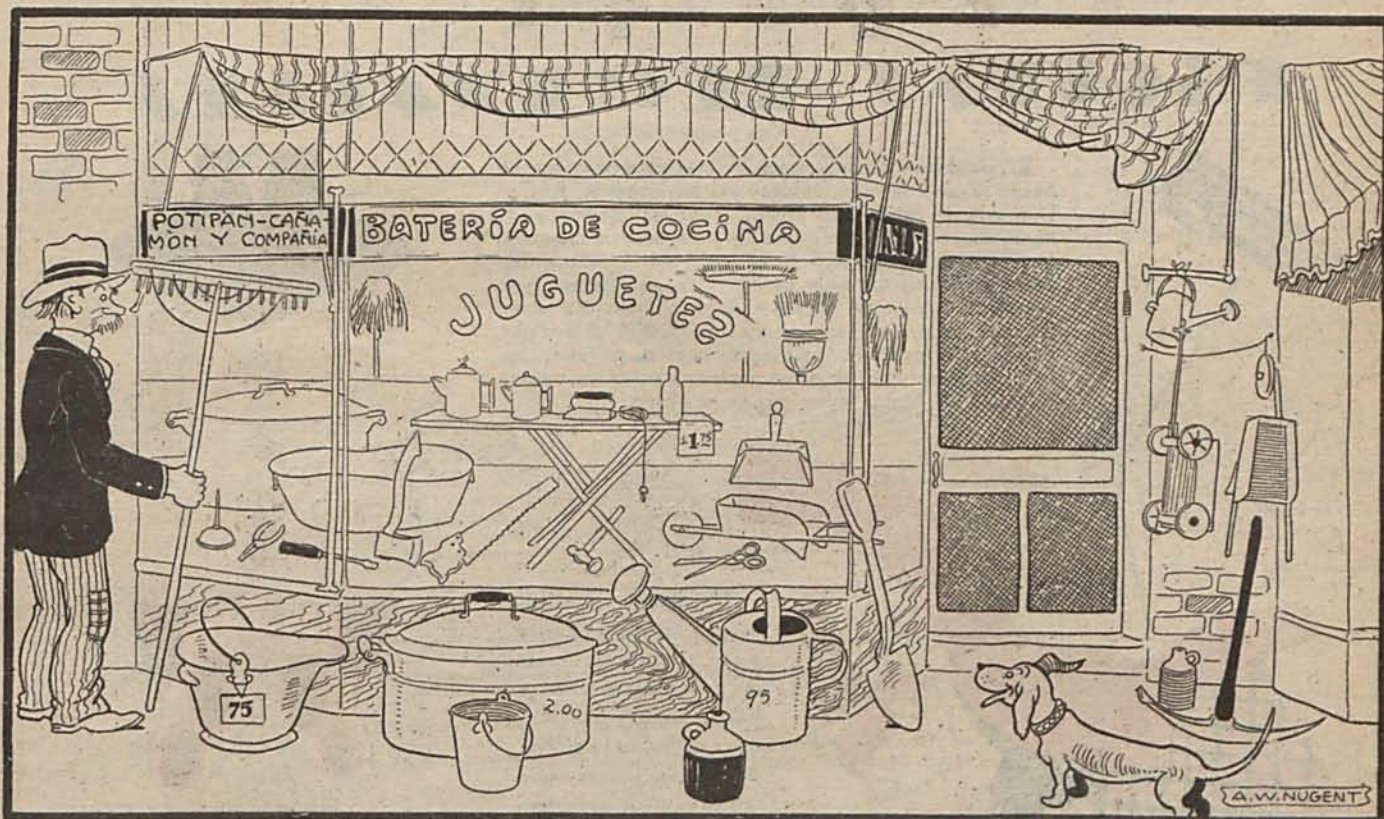


# CONCURSO DE PASATIEMPOS

## DEL MES DE DICIEMBRE DE 1926

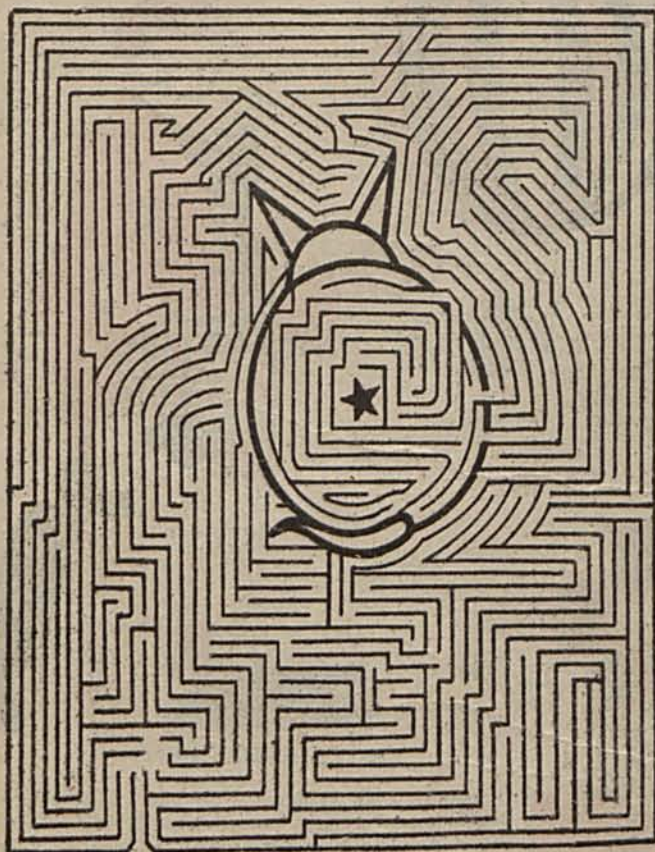
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

### LA TIENDA DE POTIPAN, CAÑAMÓN Y COMPAÑÍA



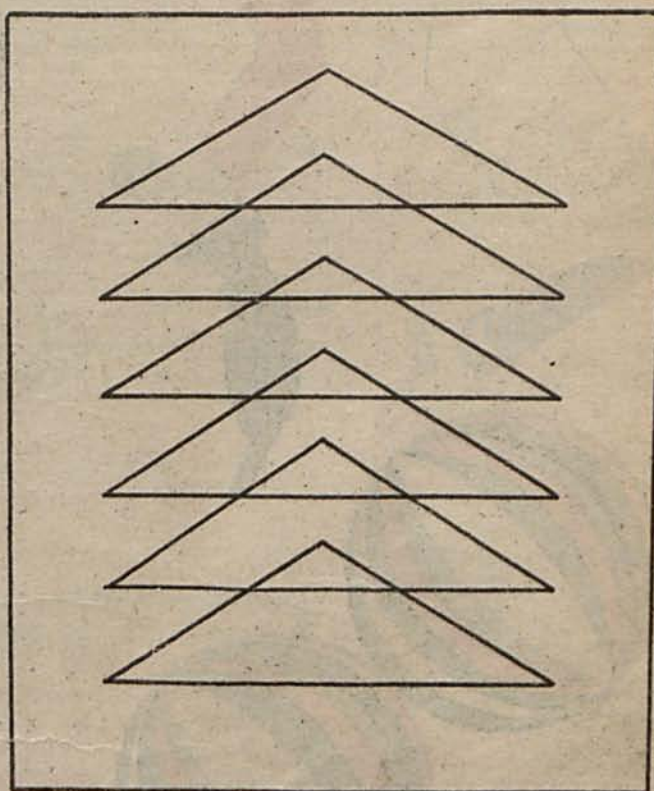
Potipán, Cañamón y Compañía hace más de tres meses que no tienen ni un céntimo para pagar a su distinguida patrona doña Filomenita. Esto es verdaderamente horrible, sobre todo para doña Filomenita. Como a Cañamón, a pesar de que es una minúscula personita, se le ocurren ideas como pirámides, ha propuesto a Potipán y a otros socios establecer una tienda de ferretería, artículos de cocina, etc., etcétera. Todo se lo han facilitado a crédito y tendrán que pagarlo dentro de muy poco tiempo. Para ello hace falta que vendan mucho, cosa que nosotros vemos algo difícil, porque los cacharros que se venden en esta tienda son, en su mayoría, defectuosos, y al que no le falta una cosa, le sobran dos. Así, por ejemplo, este hombre con cara de infeliz ha entrado a comprar un rastrillo y se encuentra con que le han dado uno que tiene más dientes a un lado que a otro. Si os fijáis en los artículos expuestos y en otras cosas de la tienda, hallaréis diez defectos más. Como todos los compradores fuesen tan listos como vosotros, Potipán, Cañamón y Compañía se tendrían que ir con la tienda a otra parte, porque los Pinochistas... no se dejan engañar.

### EL LABERINTO Y EL CONEJO



Este conejo que veis aquí dibujado venía huyendo de la escopeta de un cazador y se ha escondido en lo más intrincado del laberinto. Ha hecho perfectamente bien. Lo mismo no hubiera hecho el cazador si se viera perseguido por un león. Si vosotros queréis ver al conejito, podéis conseguirlo entrando por la puerta indicada con una flecha y llegando, sin cruzar las rayas que dibujan el conejo, hasta el lugar ocupado por la estrella.

### UN DIBUJO DE PACO MORRONGUIS



Paco Morranguis se tuvo que quedar la otra noche a dormir en la calle. Hacía tanto frío, que no había casa que tuviese abierta ni una puerta ni una ventana. Paquito, para distraer su mal humor, se pasó la noche haciendo este dibujo a la luz de un farol ¿Creeis que no tiene nada de particular? Pues sí que lo tiene, porque hay que dibujarlo sin levantar la pluma del papel, sin pasar dos veces por el mismo sitio y sin cruzar ninguna raya.

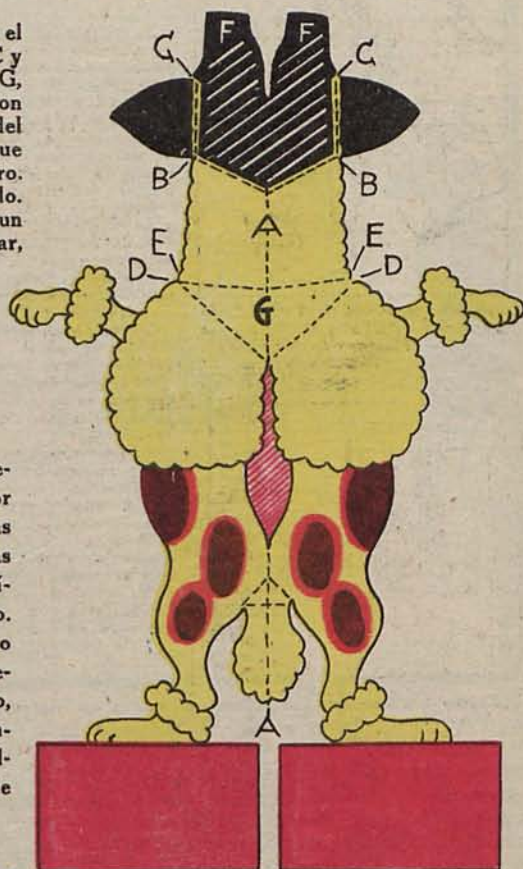


# SECCIÓN RECREATIVA

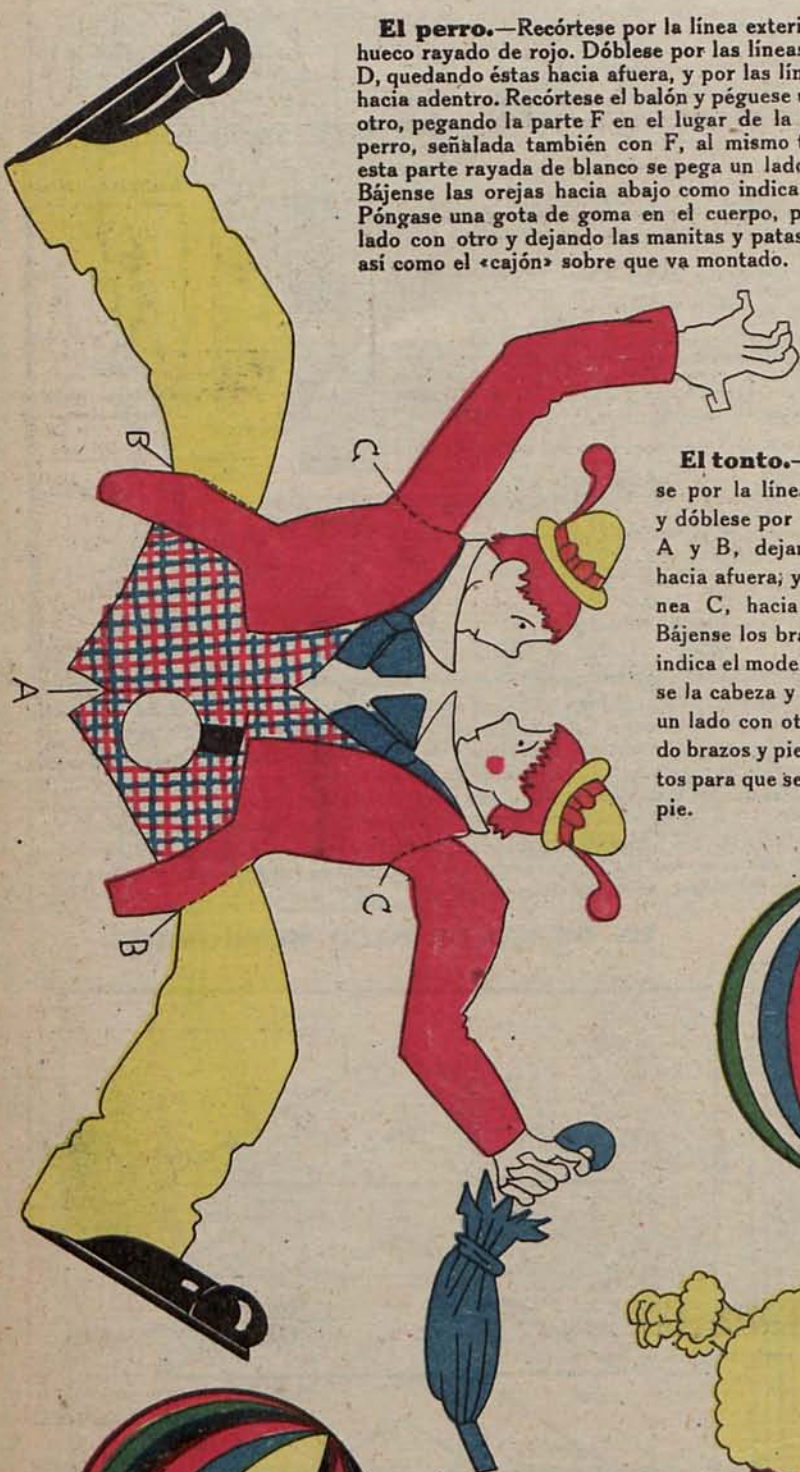


## FIGURAS RECORTABLES

**El perro.**—Recórtese por la línea exterior y por el hueco rayado de rojo. Dóblese por las líneas A, B, C y D, quedando éstas hacia afuera, y por las líneas E y G, hacia adentro. Recórtese el balón y péguese un lado con otro, pegando la parte F en el lugar de la cabeza del perro, señalada también con F, al mismo tiempo que esta parte rayada de blanco se pega un lado con otro. Bájense las orejas hacia abajo como indica el modelo. Póngase una gota de goma en el cuerpo, pegando un lado con otro y dejando las manitas y patas sin pegar, así como el «cajón» sobre que va montado.



**El tonto.**—Recórtese por la línea exterior y dóblese por las líneas A y B, dejando éstas hacia afuera; y por la línea C, hacia adentro. Bájense los brazos como indica el modelo. Péguese la cabeza y el cuerpo, un lado con otro, dejando brazos y piernas sueltos para que se tenga de pie.



### NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construirsos estos preciosos muñecos.

Si no queréis recortar las figuras del periódico, para conservarlo entero, podéis calcarlas sobre un papel grueso o cartulina flexible, y así, además, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta que acertéis a hacerlo bien. Una vez recortada y doblada la figura, la pintais como el modelo.



# COLABORACION PINOCHISTA

## DEL MES DE DICIEMBRE DE 1926

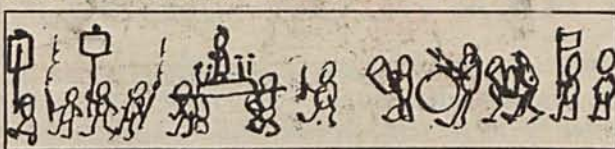
Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Chapete quiere ganar dinero y se ha metido a niño.  
JULIO AGUSTÍN SÁEZ.  
Diez años. Melilla.



Pinocho va de paseo.  
ALFONSO SERRA.  
Seis años. Madrid.



Procesión de la Virgen de la Zarza en mi pueblo.

ANITA GROSS.  
Nueve años.



Un paisaje de Suiza.  
GABRIELITO ABELLÁN.  
Siete años. Habana.



Curriñe vendiendo el PINOCHO en la calle de Alcalá. Fotografía tomada por MARUJA SANABRIA IBERRY.  
Seis años. Madrid.



La torre Eiffel vista desde aeroplano.

TOMÁS LÓPEZ.—París.



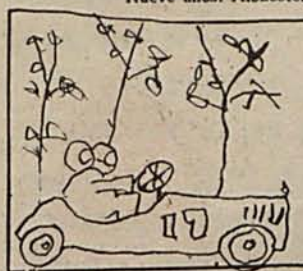
El castillo de Chapete.  
ANTONIO RUIZ Y RUIZ.  
Once años. Alicante.



Retrato de Pirula.  
ANA MARÍA GIL. Madrid



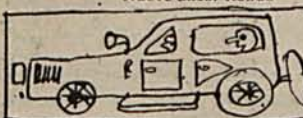
Los molinos de la Mancha.  
PEPITO ESQUERO.  
Nueve años. Albacete.



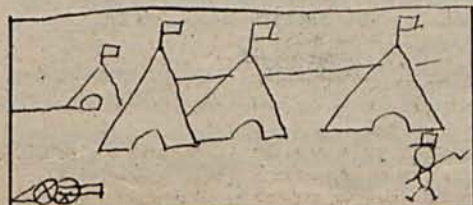
El 17 vencedor.  
ESTERAN MERINO.  
Santa Cruz de Tenerife.



Mi aparato de «radio».  
GONZALO MENÉNDEZ LUQUE.  
Nueve años. Ronda.



Un Fiat.  
L. P.—Madrid.



Campamento de Regulares.  
OTILIA CRESPO DE LARA.—Madrid.



Mi casita de Arenas.  
PEPITO MONTEJO.  
Tres años. Madrid.

### El niño más heroico.

En el Japón, el padre de una numerosa familia fué condenado a muerte. Un hijo suyo, llamado Fiken, y que sólo tenía de diez a doce años, acudió inmediatamente al palacio Imperial a implorar una gracia.

—¿Qué pedis? —le dijo el Emperador.

—Señor: morir en lugar de mi padre; porque nuestra familia necesita quien la mantenga, y yo, en vez de ser un apoyo para mi madre, creo que no seré más que un estorbo. Somos seis hermanos, y yo el mayor de ellos; ya veis, pues, que ninguno de nosotros tenemos ni la edad ni la fuerza necesaria para trabajar y mantener a sus hermanos. Para que la justicia quede satisfecha basta que nuestra sangre pague la sangre del que fué muerto por mi desgraciado padre.

Sorprendido el Emperador por ese acto de entereza y abnegación, se dirigió a su ministro de Justicia para que éste averiguase si aquella acción había salido del buen acuerdo de algunos amigos del condenado a muerte, al objeto de sorprender así al monarca con esta apariencia de amor filial.

El ministro le preguntó directamente quién le había indicado aquel pensamiento, y contestóle el muchacho:

—Nadie más que Aquel de quien provienen todas las cosas.

Entonces le replicó:

—Sois imprudente y loco si os exponéis a la muerte con vuestra inocencia y juventud; y es, a buen seguro, porque no conocéis el precio de la vida.

—Perdonad —respondió Fiken—: sé muy bien lo que vale; pero esta existencia de que gozo la he recibido de mi padre, y por supuesto que no hay más que este medio para hacerle conservar la suya; cumplo con mi deber sacrificándole los días que de él he recibido.

—Pero vos no habéis pensado —añadió el ministro— que vuestra madre, al ser viuda, podría encontrar otro esposo.

—Es verdad; ¿mas acaso encontraría otro como el que va a perder? ¡Y cómo hallarían mis tiernos hermanos, que aún no cuentan ocho años, un padre capaz de amarnos tanto como éste nos ama!

El ministro, conmovido, se separó de él, diciéndole que aguardara, y obtendría lo que necesitaba; pero al presentarse nuevamente al niño, éste se le echó a los pies dándole las gracias.

Perturbado el ministro al verle a sus pies, exclamó:

—Levántate, niño, que aunque no traigo la condena que tú deseas, traigo la gracia para vuestro padre: el que ha sabido educar niños tan generosos, merece ser perdonado

JOSUÉ RONCHETTI.

### El conejo.

Era el 15 de agosto, día en que todos los años venía a verme mi tío, trayéndome siempre algún regalo.

Estaba yo alegre por ese motivo, y esperaba, impaciente, en la estación su llegada. Al cabo de unos momentos, paró delante de nosotros el tren.

Se apeó nuestro tío, que venía, según su costumbre, cargado de cestas y paquetes. Después de mil saludos, dos mil preguntas y un millón de besos, nos fuimos hacia nuestra casa, que se hallaba cerca del lugar. Al llegar a casa, el tío empezó a abrir maletas, paquetes y un montón de cosas que aquí no menciono para no perder tiempo.

—Toma —me dijo mi tío—, y al decir esto me alargaba un saco.

Metí la mano y noté, con sorpresa, que algo se movía dentro. Como yo no creo en hadas ni hechiceros, no creía (vais a decir que no creo nada) que me hubieran encantado mi juguete, si lo era, y me hubieran convertido mi regalo en un juguete con patas, manos, boca, etc. Así es que, agarrando con algo de emoción el objeto, tiré de él, y ¿qué diréis que era? ¡Un conejo! ¡Señores, un conejo! Creí volverme loco de alegría; y, poniendo mi conejo sobre la mesa, le di de comer lo que encontré. Luego nos fuimos a descansar después de las emociones sufridas.

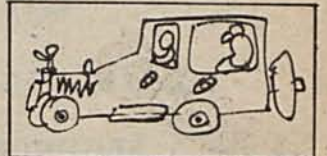
A la mañana siguiente, en cuanto el gallo cantó, me levanté rápidamente y fui a visitar a mi conejo, que estaba durmiendo en una casita que yo le había preparado. Estaba monísimo; parecía un conejo de trapo de esos que venden en las tiendas. Le abrí la puerta y, cogiéndole cuidadosamente, le puse en el suelo. Después que jugué con él una media hora fui a desayunar. Luego cogí al conejo y lo llevé al campo. Cuando hubimos andado unas dos horas, nos sentamos a descansar; yo le echaba hojitas, que él comía con sumo placer; luego, sentándose sobre las patas traseras, se atusaba los bigotes y me dirigía miradas que me hacían mucha gracia. Yo pensé dar un banquete al conejo y publicar su «foto» en el periódico; pero después desistí de mi idea por parecerme mucho honor para un conejo.

Un mes después, el 20 de septiembre (horror me da acordarme), había ido yo a misa, y después de coger al inseparable conejo, me fui a la huerta de mi padre. Corría por allí el conejo con una velocidad media de 30 a la hora, cuando oí una detonación de arma de fuego seguida de un agudo grito. Llegué corriendo al lugar de donde venía el grito y vi... ¡horror!, a mi conejo tirado en el suelo en medio de un charco de sangre y atravesado por una bala. ¿Qué había sucedido? Hasta algún tiempo después no pude explicármelo. Lo que había sucedido era lo siguiente: mi vecino estaba aburrido, y mi conejo había pasado su huerto; él cogió una escopeta y se había entretenido... cazando a mi conejo.

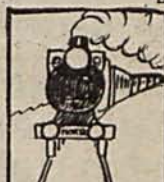
La voz se me anudó a la garganta y las piernas no me sostenían; un sudor frío corría por todo mi cuerpo. Estaba yo allí mudo, sin movimiento, parecía una estatua. Luego me costó una enfermedad de trece días.

Después no he querido ya a ningún animal.  
¡Rindamos un homenaje a mi conejo! (R. J. P.)

MANOLO GALLEGOS IGAL.  
Catorce años.



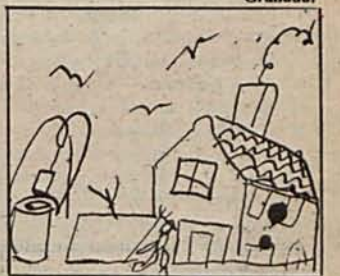
Mi «auto».  
LUIS ARENZANO.—Bilbao.



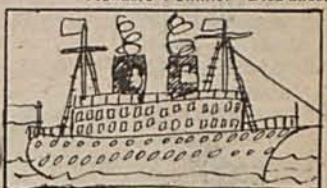
El tren rápido de Irún.  
JOSÉ RUIZ.



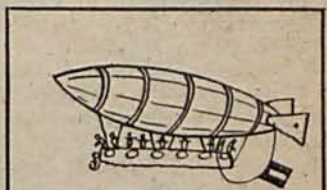
Curriñe y Don Turulato.  
VICENTE DÍAZ.  
Granada.



La granja de «Horceajo» en Montanejos.  
AURELIO FORNAS.—Diez años.



Un trasatlántico.  
EMILIO BURGOS.  
Siete años. Coruña.



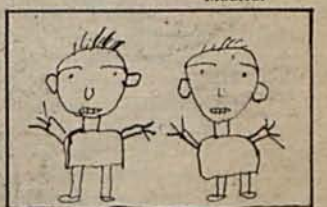
El futuro dirigible Madrid-París.  
LUIS G. ARELLANO.



Servicio de Correos.  
PILÍN MONTEJO.  
Madrid.



Servicio de Correos.  
PILÍN MONTEJO.  
Madrid.



Tin y Ton.  
FERNANDITO OCHOA.  
Alezarquivir.

**CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA**  
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 95  
Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscritores pueden colaborar en esta sección.



# PINOCHISTAS SUSCRITORES PREMIADOS EN EL SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

El 1 de octubre de 1926 —según se anunció— se realizó el sorteo de los premios del Segundo Gran Sorteo de regalos para los suscritores entre los Pinochistas que han pagado una suscripción por un año después del 1 de junio y antes del 30 de setiembre de 1926. Los favorecidos han sido los siguientes:

## PRIMER PREMIO

### UN ESTUPENDO "AUTO" CITROËN

ha correspondido al afortunado Pinochista

**DON JUAN J. SÁNCHEZ, de Llanes (Oviedo)**

## SEGUNDO PREMIO

Una magnífica bicicleta.

**D. ENRIQUE GAUTERNE, de Caracas.**

## TERCER PREMIO

Un estupendo baúl con equipo de muñeca.

**D. JAIME QUIROGA, de Madrid.**

## CUARTO PREMIO

Un colosal triciclo níquelado con ruedas de goma.—**D. LUIS OLLER, de Barcelona.**

## QUINTO PREMIO

Un balón de fútbol.—**D. VÍCTOR JOSÉ GIL, de Puebla.**

## SEXTO PREMIO

Una pluma estilográfica.—**DON ALFREDO ÁLVAREZ PICKMAN, de Sevilla.**

**Sétimo premio.**—Una caja de acuarela.—**D. ALBERTÍN MASO PAYA, Valencia.**

**Octavo premio.**—Un lote de libros.—**D. JOSÉ VIGIL ESCALERA, Ablaña (Oviedo).**

**Noveno premio.**—Un lote de libros.—**D. ESPERANZA PEÑA, Tánger.**

**10 premio.**—Un lote de libros.—**D. JUAN O. DÍAZ, Panamá.**

**11 premio.**—Un lote de libros.—**D. GILBERT LAPORTE, San José.**

**12 premio.**—Un lote de libros.—**D. ANA MARÍA MENDOZA, Madrid.**

**13 premio.**—Un lote de libros.—**D. JULIO GUALBERTO, Buenos Aires.**

**14 premio.**—Un lote de libros.—**D. ANTONIO PEREGRÍN, Baza (Granada).**

**15 premio.**—Un lote de libros.—**D. ANTONIO CAMPOAMOR, Madrid.**

**16 premio.**—Un lote de libros.—**D. RAFAEL MARTÍNEZ, Miramar.**

**17 premio.**—Un lote de libros.—**D. AURELIANO JAMES, Santa Cruz de Tenerife.**

**18 premio.**—Un lote de libros.—**D. J. IGLESIAS Y C., Lima.**

**19 premio.**—Un lote de libros.—**D. PEDRO SANGRO, Madrid.**

**20 premio.**—Un lote de libros.—**D. LUIS PERNA, Habana.**

**21 premio.**—Un lote de libros.—**D. MARÍA ISABEL HUIDO, Santander.**

**22 premio.**—Un lote de libros.—**D. ANTONIO TERESA ARGÜELLES, Oviedo.**

**23 premio.**—Un lote de libros.—**D. MAURICIO MÉNDEZ, El Salvador.**

**24 premio.**—Un lote de libros.—**D. MANRIQUE RODRÍGUEZ, Vigo.**

**25 premio.**—Un lote de libros.—**D. FÉLIX BASTARRECHE, San Sebastián.**

**26 premio.**—Un lote de libros.—**D. CARLOS ZAMORA, Montevideo.**

**27 premio.**—Un lote de libros.—**D. WILFRID JESURUN, San Juan.**

**28 premio.**—Un lote de libros.—**D. MANUEL PÉREZ DEL CASTILLO, Cazalilla de los Barros (Badajoz).**

**29 premio.**—Un lote de libros.—**D. MATÍAS JIMÉNEZ, Estepona.**

**30 premio.**—Un lote de libros.—**D. ARGENTITA PEREIRA, Habana.**

**31 premio.**—Un lote de libros.—**D. VICENTE SIMÓN, Placencia.**

**32 premio.**—Un lote de libros.—**D. RAFAEL SERRANO COCA, Montoro.**

**33 premio.**—Un lote de libros.—**D. MERCEDES ILLERA MAIZ, Santander.**

**34 premio.**—Un lote de libros.—**D. MARTA ISHIY, Buenos Aires.**

**35 premio.**—Un lote de libros.—**D. ANITA CARPENA, Yecla.**

**36 premio.**—Un lote de libros.—**D. EUGENIO GARCÍA, Talavera de la Reina.**

**37 premio.**—Un lote de libros.—**D. DANIEL CAMACHO, Bogotá.**

**38 premio.**—Un lote de libros.—**SEÑORA VIUDA DE ILZARBE, Aguascalientes.**

**39 premio.**—Un lote de libros.—**D. BRUNO GONZALEZ, Medina del Campo.**

**40 premio.**—Un lote de libros.—**D. MARGARITA MADRAZO, Habana.**

**41 premio.**—Un lote de libros.—**D. MATILDE SANTISTEBAN, Bilbao.**

**42 premio.**—Un lote de libros.—**D. ALICIA MARGARITA MEDINA, Buenos Aires.**

**43 premio.**—Un lote de libros.—**D. WENCESLAO DE LA PEÑA, Málaga.**

**44 premio.**—Un lote de libros.—**D. RAFAEL SALORIO, Coaña.**

**45 premio.**—Un lote de libros.—**D. VICENTE NICOLAU, Buenos Aires.**

**46 premio.**—Un lote de libros.—**D. LUIS BERNÁLDEZ, Alcántara (Cáceres).**

**47 premio.**—Un lote de libros.—**D. FEDERICO GARCÍA, Guadalajara.**

**48 premio.**—Un lote de libros.—**D. RAMÓN GALBE, Zaragoza.**

**49 premio.**—Un lote de libros.—**D. GLADYS PERNA, Cienfuegos.**

**50 premio.**—Un lote de libros.—**D. MIGUEL MADINAVEITIA, Madrid.**

## CONDICIONES PARA RETIRAR LOS PREMIOS

1.º Los premios podrán retirarse durante los treinta días siguientes a la publicación del presente número para los suscritores residentes en España, y ciento veinte días para los suscritores residentes en América. Pasados esos plazos respectivos perderán su derecho los suscritores premiados que no hayan retirado su premio.

2.º Los premios pueden retirarse en la Administración de PINOCHO (EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Madrid) o recibirlos a domicilio.

3.º Tanto quienes deseen retirar los premios en la Administración como quienes prefieran recibirlos a domicilio, deberán escribir a PINOCHO (Apartado 447, Madrid) manifestando su deseo y diciendo cuál es el número y la fecha de su suscripción; y esto, no solo como garantía de su personalidad, sino como confirmación de que el número premiado ha sido, efectivamente, el suyo, y que la suscripción está hecha dentro del plazo fijado para tomar parte en este sorteo. Si la fecha del recibo no está dentro de dicho plazo o no coincide con la que figure en las listas de suscripción de PINOCHO, el premio será nulo. Igualmente será nulo si el suscriptor premiado no sabe exactamente cuál número le ha correspondido; es decir, cuál número es el de su recibo de suscripción. También deberá presentar la dirección de su domicilio, que deberá coincidir con la que la Administración tenga anotada en su suscripción.

4.º Será también requisito indispensable, para retirar o recibir el premio, presentar o remitir un retrato del Pinochista suscriptor premiado, que sea suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista suscriptor esté con otras personas.

5.º Los que hayan escrito a PINOCHO anunciando su propósito de recoger personalmente en la Administración su premio, podrán recogerlo, sin tener que abonar nada, ocho días después de la fecha de su carta. Los Pinochistas suscritores que hayan dicho que desean recibir el premio en su casa, recibirán una carta indicándoles lo que han de abonar como gastos de envío.





# QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Quisiera que hoy me hablases, querido buho, del lenguaje de los animales. ¿Es verdad que cuando los perros ladran dicen algo que nosotros no entendemos?

—Efectivamente. Todos los animales tienen su lenguaje, si llamamos lenguaje a la forma de comunicarse entre sí. Un grito, un ademán, un movimiento, pueden ser formas de lenguaje. ¿No has observado alguna vez el activo movimiento de un hormiguero?

—Muchas veces.

—¿Y no has notado cómo las hormigas en su incesante ir y venir se detienen, entrelazan sus antenas, «conversan» breves momentos y siguen su marcha?

—Mi observación no ha llegado a tanto.

—Por eso tu sabiduría no llega a tanto como la mía. Si fueras más observador, y si meditaras luego sobre lo observado, sabrías más cosas de las que sabes. Yo, una vez que me detuve junto a un hormiguero, vi a una hormiguita que hacía inauditos esfuerzos por arrastrar una miga de pan de bastante tamaño. El insecto, a pesar de su enorme fuerza, enorme porque es desproporcionada a su tamaño, no podía ni mover el trozo de pan. Entonces salió corriendo, y cuando encontró a otra compañera suya, se detuvo y «habló» con ella unos instantes, se fué en busca de otra y luego de otra; a los pocos momentos, la miga de pan era arrastrada por quince o veinte hormigas. No me cabía la menor duda de que la primera hormiga había pedido auxilio a sus compañeras para que le ayudasen a llevar el trozo de pan hasta el hormiguero.

—Es admirable.

—El perro, como es quizás el animal más familiarizado con el hombre, es el que mejor comprende el lenguaje humano y el que mejor logra hacer entender el suyo. A un perro basta con que su amo le diga «ven aquí» para que acuda en seguida. Ellos hablan dando saltos, moviendo el rabo, ladrando, aullando a veces. Del lenguaje del perro recibe el hombre inmensos beneficios. Te contaré un caso en extremo curioso e interesante.

—Todas las cosas que tú sabes son curiosas e interesantes. Cuéntame, querido buho, cuéntame.

—En una cabaña, situada junto a un barranco, vivía un viejo y enfermo pastor, sin otra compañía que la de un perro, también viejo como él. Una noche tempestuosa llovía torrencialmente. La corriente de agua del barranco aumentaba por momentos. Ya casi llegaba a la puerta de la cabaña cuando el perro, dándose cuenta del peligro que amenazaba a su amo, se acercó a su cama, y ladrando y tirando de sus ropas, lo despertó. El perro no cesaba de ir y venir desde la puerta a la cama, dando a entender que debían huir de allí; pero el pobre viejo casi no podía ni moverse. No pudo hacer otra cosa sino pedir auxilio con voz entrecortada; pero nadie más que el perro podía oírle. Entonces éste emprendió veloz carrera, y a los pocos

instantes volvió con otro pastor que vivía no muy lejos de allí.

—¿Había ido el perro a llamarlo?

—Naturalmente; y con su lenguaje consiguió hacer venir al pastor que había de salvar la vida a su amo. Cuando a la mañana siguiente vieron desde un lugar más alto que las aguas se habían llevado la cabaña donde tantos años vivieron el pastor y su perro, lanzó éste unos aullidos lastimeros, que eran el lenguaje con que expresaba su pena.

—¿Por eso dicen que el perro es el mejor amigo del hombre?

—Y por eso mismo debe el hombre tratarlo con el cariño que su lealtad merece.

—También hablan a su manera los monos, los tigres, los elefantes, los leones, las ranas...

—A las ranas las he oído croar muchas veces; pero nunca creí que esto fuese un modo de hablar.

—Pues sí que lo es, querido Chonón, y entre ellas se entienden perfectamente.

—¿Cómo puedes tú saber eso?

—Si fueras observador, lo sabrías lo mismo que yo.

—Te prometo serlo desde ahora mismo.

—Pues si te acercas a un estanque donde estén croando las ranas, observarás que, tan pronto como una de ellas note tu presencia, dará un agudo chillido, y todas las demás, obedientes a esta señal de alarma, cesarán de croar y se zambullirán en el agua. ¿No te parece que el grito de la primera rana ha dicho algo que todas las demás han comprendido?

—Naturalmente; si no, se estarían quietecitas en su sitio.

—Lo mismo sucede cuando te acercas a un lugar donde hay muchos pájaros. Basta con que uno te vea y dé el aviso, para que toda la bandada emprenda en seguida el vuelo.

—Me has dicho antes que también los elefantes «hablan».

—Sí, querido Chonón. Estos paquidermos, para «hablar» con sus semejantes producen un sonido como el de un clarín, y cuando han de llamar o contestar a otros elefantes que estén lejos, agudizan la voz y semejan el sonido de una trompeta.

—Yo creía que un animal tan grande tendría una voz muy gruesa, algo así como un trueno.

—El león, en cambio, que es mucho más pequeño que el elefante, cuando está hambriento o de mal humor, se expresa con unos rugidos tan broncos que da espanto oírlos.

—Pues a mí, aunque le oiga rugir a un metro de distancia, no me causa la menor sensación.

—No serás capaz de demostrármelo.

—¿Que no?

—No.

—¡Vámonos a la Casa de Fieras!

—¡Eres un valiente Chonón!

## CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

### FALLO DEL JURADO

Después de un detenidísimo examen de todas las soluciones enviadas, el Jurado, constituido este mes por Pinocho (Presidente), Don Turulato (Secretario) y el Capitán Corretón (Vocal), ha encontrado soluciones acertadísimas, dignas de la inteligencia de los Pinochistas; pero entre todas hay cinco, firmadas por los cinco siguientes Pinochistas, que por su acierto y perfección han merecido los siguientes premios:

**Primer premio.**—Un lote de libros al Pinochista Julián Sanz Fuentes (Madrid).

**Segundo premio.**—Un lote de libros al Pinochista Luis Eberat (Burgos).

**Tercer premio.**—Un lote de libros al Pinochista Federico Zurita (Madrid).

**Cuarto premio.**—Un lote de libros al Pinochista Antonio Sorribas (Lugo).

**Quinto premio.**—Un lote de libros al Pinochista Justo Echandarena (Bilbao).

### MENCIONES HONORÍFICAS

Como menciones honoríficas, sin derecho a premio alguno, publicamos los nombres de los Pinochistas que han sobresalido, por la perfección de sus trabajos, en el presente Concurso. Es deseo de Pinocho que no queden anónimos concursantes de tan excepcionales facultades, cuyos trabajos merecen, en todo momento, el elogio, el aplauso y la publicidad.

Felipe Noriega (Madrid), Rafael Cerdá Bonmati (Santa Pola), Josefina Rodríguez (Bimeda), Antonio Sancho (Madrid), Alfredo Martín (Melilla), Julio Retuerta (Baracaldo), Isabel Domínguez (Cuenca), Aniceto Mir Sala (Alicante), Juanito Ortells (Palma de Mallorca), Andrés Ortega (Madrid), Santos Puig (Valencia), Elisa Romero (Ávila), Margarita Ulloa (Málaga), Ramón Echavarría (Durango), Alberto Mendivil (Zamora), Enrique Rosas Gil (Murcia), Antonio Doblado (Madrid), María Díez (Madrid), Manolito Escarza (Vitoria), Jaime Balseiro (Santiago), Luisita Ramos (Tarragona), Juan José Caro (Toledo), Ramiro Lozano (Burgos), Julia Ramírez (Sevilla), Vicente Luque (Madrid).

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación del presente número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato (para publicarlo en la Revista) y que acredite ser suscriptor, puesto que los no suscriptores quedan excluidos de premios en estos Concursos. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que le haya correspondido (los suscriptores de América tendrán tres meses para reclamarlo), acreditando asimismo ser suscriptor, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.



# NUNCA MEJOR OCASION

para utilizar el verdadero

## regalo

que suponen los **VALES** de suscriptor para comprar libros de **Saturnino Calleja** con rebaja de la cuarta parte de su precio que las próximas fiestas

## NAVIDAD -- AÑO NUEVO -- REYES

en las que los muchachos inteligentes y de buen gusto sólo piden y regalan **libros**.

EL LIBRO ES EL AMIGO DEL HOMBRE.  
LO QUE MÁS NECESITA ESPAÑA  
Y LOS ESPAÑOLES SON  
**LIBROS**



DE LA COLECCIÓN  
**CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES**  
PRIMERA SERIE



Precio 6 pesetas.

Lo remite a toda España y América a quien lo pida con su importe, más 0,75 ptas. para gastos de envío, la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28.—MADRID.



Los mejores Pinochistas son mis suscritores.

Los mejores suscritores son los que conservan todos los números cuidadosamente y los encuadernan a fin de año con las magníficas tapas que he mandado hacer especialmente.

**PINOCHO**

DE LA MAGNÍFICA Y DIVERTIDÍSIMA  
**SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE**



Precio 1,50 pesetas.

Lo remite a toda España y América la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Apartado 447, Madrid, a quien lo pida acompañando su importe.

# VALE

PARA HACER UN PEDIDO DE LIBROS A LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., VALENCIA, NÚM. 28, MADRID, CON REBAJA DEL

# 25 %

Caduca el 31 Dicbre. 1927.

Este VALE sólo sirve para UN pedido hecho directamente a la Editorial «Saturnino Calleja», de Madrid; por tanto, no tiene valor alguno presentándolo en una librería. Se pueden comprar libros elegidos entre todos los publicados por la Editorial «Saturnino Calleja», sin limitación de precio ni de cantidad, pero pidiendo sólo un ejemplar de cada uno. Cada suscriptor podrá hacer uso de estos vales sólo tres veces cada año.

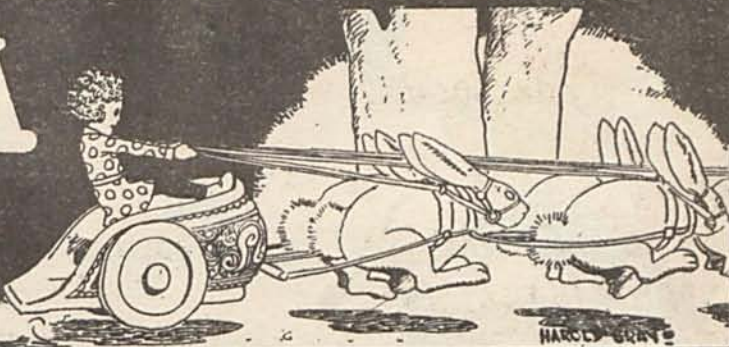
NOMBRE DEL SUSCRITOR QUE UTILIZA EL VALE: D. \_\_\_\_\_  
calle de \_\_\_\_\_ núm. \_\_\_\_\_ Población \_\_\_\_\_ Provincia \_\_\_\_\_

Algunos suscritores no han recibido los VALES a que les da derecho su suscripción para hacer pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., con importantes rebajas. Otros nos dicen que se les han perdido. Otros, que ya utilizaron aquellos vales y quieren otro. Para que todos queden complacidos, publicamos hoy, y publicaremos algunas veces más, este VALE  
TODOS LOS SUSCRITORES podrán utilizarlo; y SOLO LOS SUSCRITORES.



# ANITA

## BUEN-CORAZON



ESTOY NERVIOSA, PELUCHO  
TENGO EL PRESENTIMIENTO  
DE QUE ALGO MALO NOS  
VA A PASAR



¿VES PELUCHO? ¡UN  
GATO NEGRO!



DICEN QUE ESO TRAE  
MALA SUERTE

LO QUE  
TRAE SON  
ARAÑAZOS



HAY QUE ANDAR  
CON MUCHO CUI-  
DADO, PELUCHO



¡ATIZA! HEMOS  
PASADO POR DEBAJO  
DE UNA ESCALERA  
ESTO ES DE MALA  
PATA

SOBRE TODO  
SI SE NOS CAE  
ENCIMA.



¿QUÉ SERÁ ESO QUE  
HE PISADO SIN VERLO?



¡UN ESPEJO! ¡Y LO HE ROTO!  
¡ESTO TRAE SIETE AÑOS DE  
DESGRACIA!



EN ESTA RAYA DE LA MANO VEO  
DESGRACIAS, PENAS, DOLOR, MUY  
MALA SUERTE, CONTRARIIDADES



ESE TIO ES UN MAJADERO,  
¿VERDAD PELUCHO? NO DICE  
MÁS QUE TONTERIAS.



¡OYE PELUCHO! ¡HE  
VISTO LA LUNA POR  
ENCIMA DE UNA TAPIA!  
ESO ES MALA SOMBRA!



¡YO NO CREO EN NINGUNA  
DE ESAS TONTERIAS!.....  
¡PERO POR SI ACASO!.....



DEME LA HERRADURA  
MÁS GRANDE QUE TEN-  
GA PARA PONERLA  
DETRÁS DE LA PUERTA  
DE MI CASA. DICEN  
QUE ESO ES DE BUE-  
NA SUERTE.







# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA, BORDADORA

*Las vainicas y  
el punto de espina.*

Como sois unas niñas trabajadoras y aplicadas hasta lo increíble, sabéis muy bien que «no hay atajo, ni hay nada, sin trabajo». Y que las mejores cosas suelen ser las que más cuesta realizar.

Sin embargo, más de una vez habréis podido ver en esta sección que la imaginación y el buen gusto suplen en muchos casos el trabajo y el tiempo, y que basta con seguir al pie de la letra los consejos de vuestra mejor amiga—me he nombrado yo, Pirula—para realizar en un momento, y con la mayor facilidad del mundo, verdaderas maravillas de gracia y de originalidad.

Hoy os presento la manera cómo una vulgarísima vainica doble—tan fácil, rápida y divertida de hacer en la vuela de algodón o en los lienzos de hilo— puede resultar una labor novísima con sólo añadirle a los lados un



FIGURA 1. (fig. 2), de «toile»

punto de espina bordado con algodón de un color que entone o haga contraste con el de la prenda así adornada.

Ved cómo esta ingeniosa combinación (fig. 1) se presta a bonitas fantasías en una mantelería de té

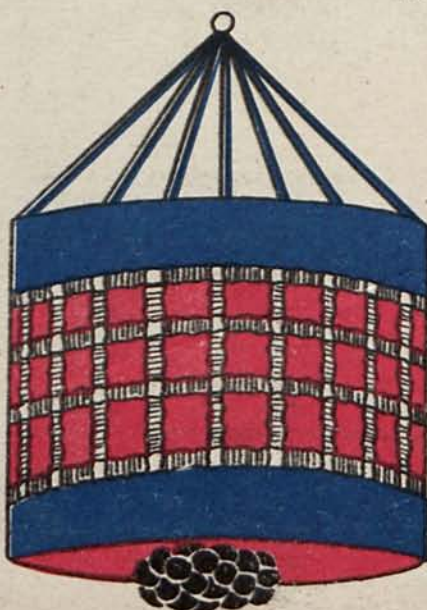


FIGURA 3.

de hilo rosa fuerte, verde almendra o azul, con las vainicas y el bordado en negro; o en una pantalla (fig. 3) de crespón de China rosa pálido, con los adornos en azul «Pompador»; o en un delantalito elegante de vuela blanca (fig. 4), cuyos adornos encarnados realzan, así como los lazos de cinta, la modernidad de tres tablas huecas.

## CONSEJOS DE PIRULA

*Al subir escaleras.*—Seguramente no os imagináis a

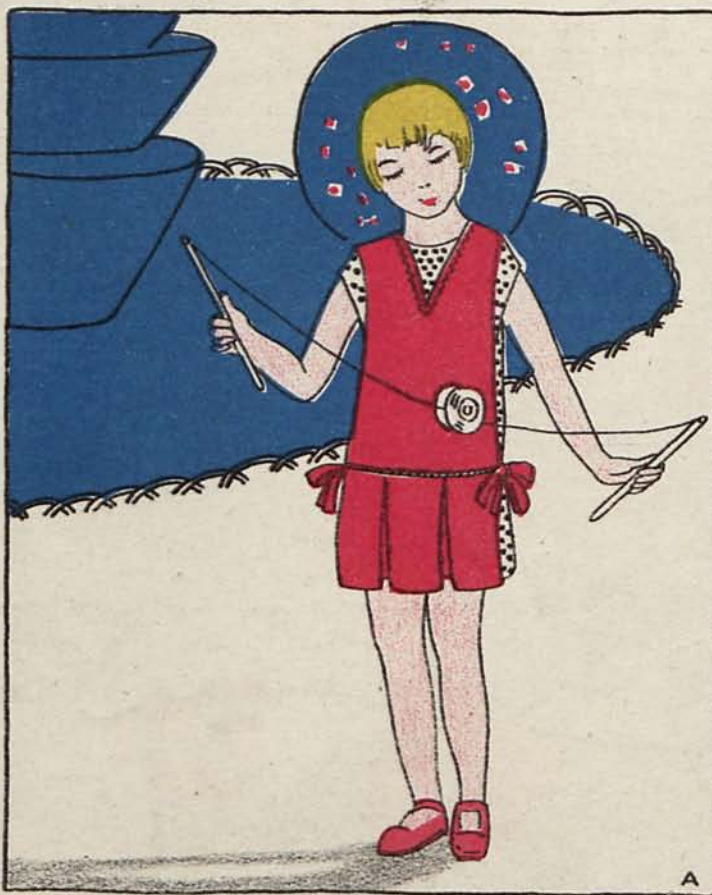


FIGURA 4.

esta vuestra muñeca amiga, transformada en toda una señora doctora en medicina; y, sin embargo, hoy —y puede que otras veces también— el consejo que os voy a dar es un poquito de orden medicinal.

Acostumbraos a subir las escaleras despacito. La ascensión de escaleras es uno de los actos que, a la larga, fatigan más el corazón. Muchas personas de edad, al subir una escalera, sienten sofocos, ahogos y palpitaciones, sencillamente porque de jóvenes las su-

bieron corriendo.

Claro que todavía os queda mucho tiempo para pensar en cuando seáis, a vuestra vez, «personas de edad» Pero esta Pirula que tanto os quiere, piensa en todo, como veis.



FIGURA 2.